Jaimes Freyre, Ricardo
Castalia barbara

3 1761 07458879 9

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/castaliabrbara00jaim

ICARDO JAIMES FREYRE

100707215075

Castalia bárbara

⑤

BUENOS AIRES
Imprenta de Juan Schürer-Stolle, Bolivar 260

1899

PRECAT
A~~22065~~

Al eminente crítico Sr.
D. José Enrique Rodó
su affmo
Ricardo Jaimes Freyre

P. Moreno 731.
Buenos Aires.

RICARDO JAIMES FREYRE

Castalia bárbara

País de sueño

País de sombra

B. R.

BUENOS AIRES
Imprenta de Juan Schürer-Stolle. Bolivar 260
—
1899

PT
7819
J3C3
1899

PRÓLOGO

Todo poema consta de tres elementos internos o de concepción: la idea, el sentimiento i la proporción; i de tres externos o de realización: la perspectiva, la metáfora i el ritmo. La idea produce el argumento; el sentimiento le sintetiza en una emoción de belleza; la proporción le universaliza incorporándole a la lógica que resulta de las ideas i sentimientos predominantes. En la realización, la perspectiva dá el carácter de la obra, estableciendo relaciones entre el sujeto i el medio en que se le coloca; la metáfora, objetivando lo subjetivo, o vice versa, facilita al lector la comprensión del pensamiento por el modo mas fácil conocido, es decir, por medio de imágenes; i el ritmo, haciendo intervenir en la expresión la armonia, sugiere desde luego la idea de la unidad, i despierta la simpatía, pues ésta es el resultado del conocimiento o deseo que tienen de aquella dos términos análogos. Entre los mencionados elementos internos i externos, existe, además, una correspondencia, pues los primeros se desdoblan en los segundos para producir la obra: i asi, podría decirse que la idea pasando del plano de la concepción al de la realización, se manifiesta en la metáfora; el sentimiento en el ritmo i la proporción en la perspectiva. Errara naturalmente quien supusiera que estos elementos conservan bien delimitada su individualidad dentro de cualquiera obra, i que en todo momento es posible separarlos por precipitación o desmembración; pues ellos se combinan de infinitos modos para producir el efecto buscado por aquella, i la teoría, que es verdadera en general, puede resultar desmentida en particular, como sucede con las grandes leyes de la historia i de la biologia. Hai autores complejos, en cuyas obras se observa el predominio ya de uno, ya de otro de los citados elementos, como tambien una intervención proporcional de cada uno, segun los casos, i Poë es hasta hoi su tipo supremo. (*Annabel Lee, El Cuervo, Las Campanas, La Ciudad en el Mar.*) Hai otros en quienes predominan por ejemplo la metáfora i la perspectiva (*Hugo*). Otros en quienes se manifiesta soberano el ritmo, etc. Hai tambien obras que son tipos: *El Lago*, de Lamartine, en el ritmo; i en la proporción justa de los tres elementos, como ejemplo nunca sobrepasado, la *Oda a la Ascensión*. Por géneros, los poetas dramáticos i los épicos suelen inclinarse a la perspectiva; los liricos, si profanos, a la metáfora; si misticos, al ritmo. Pero es conveniente no olvidar que, como se ha espresado, ésto sólo resulta verdadero cuando se generaliza, pues a lo ya dicho sobre los poetas dramáticos, podría contestarse, pongo por caso, con Shakespeare, que es excepcional. Tomando en conjunto las obras de arte, encontraremos que el predominio de la perspectiva resulta necesario para la creacion de caracteres (*Molière*), como el del ritmo lo es para la expresión mística (*Petrarca*) etc. Mas se necesita mucho tíno, porque no es dificil tropezar con montañas. Se ha sobreentendido que aludo al Dante, i aunque ello sea desastroso para mi teoría, confieso sin reserva que el visionario de la Divina Comedia me confirmaría, únicamente por el socorrido recurso de la excepción.

Sentir la Belleza es percibir la unidad del Universo en la armonía de las cosas. De este postulado se desprende una consecuencia que antes de ahora tengo expresada así: el estilo es el ritmo. Cómo expresa cada autor esa armonía, para producir la impresión de belleza resultante de la unidad demostrada o sugerida: he aquí el problema del estilo. De seguro. la armonia no es más que una; pero los perceptores son diversos. i por lo tanto, diversa es la comunicación. Oye el poeta los ritmos, i según los oye los repite; si fuera posible abarcar toda la armonia, todos los poetas cantarían lo mismo. Aquí la diversidad se explica, entre otras, por una razón de cantidad; al cómo se oye, se añade el cuánto se oye; i de estas dos circunstancias primordiales depende la explicación del fenómeno. La voz de la naturaleza está en todo poeta, por subjetivo i abstruso que sea. Su estilo. es decir su ritmo. tiene algo de la voz universal, es una parte de esta voz misma. No es más natural Homero contando las singladuras de la nave itacense, que Milton refiriendo sus batallas de arcángeles. La naturalidad no resulta de la objetivación: está en la obra misma del poeta. de tal modo, que si (por suposición absurda) un hombre llegara a producir una obra absolutamente extraña a la Naturaleza. esta obra. en el hecho de haberse producido, sería ya natural; no constituiría más que un nuevo fenómeno. Entre dos o diez ritmos por juzgarse. no hay uno más natural; habrá, si se quiere, uno más satisfactorio para el juez. pero todos son naturales. Tan es así, que no se puede escribir sin ritmo; el experimento es sencillo Desde la más elevada efusión lírica hasta el suelto de crónica social, el ritmo impera en la redacción determinando el giro del párrafo, la disposición i aun el número de las palabras. Sabido es cuanto influyen en los finales oratorios los esdrújulos, por ejemplo; cuánta fuerza añade o quita a un período una sinalefa respetada o deshecha. Para mí, el hipérbaton i demás inversiones sintácticas. obedecen originariamente a una necesidad rítmica i no a una razón de elegancia, como se atribuye por lo común con evidente vaguedad; son adaptaciones de las lenguas a los estilos. Estos se completan con algunos accesorios, a veces mui importantes; pero su caracteristica esencial está determinada por el ritmo. No es el modo de pensar de un autor lo que constituye su estilo, sino su modo de expresarse por medio de la palabra, i esta expresión fonética ya se sabe que es una combinación musical.

II

En el poeta cuya es esta obra, predomina el ritmo, lo cual quiere decir que se trata de un poeta sentimental. No sentimental a la manera romántica, pues ni se produce en flamijeros arrebatos, ni adopta las posturas enfáticas de la pasión dominante. Su tristeza, si acaso existe, es cerebral i no llega á convertirse en melancolía; es un esplín tan discreto como distinguido. Poesia de manos ducales la suya, infanta reclusa en extraordinarios peinadores lila apagado o viejo marfil, padece la enfermedad del destierro. No son remembranzas de la Hélade armoniosa, ni de los paises tempestados de sol, las que la asaltan. Las tardes con que sueña, cuando invernales, tienen un cielo de estaño, abetos rígidos, silencio en la inmensa blancura de las nevadas; cuando primaverales, un desdorado haz de sol, un estanque en cuya amoratada diafanidad flotan los espectros de los reflejados sauces, alguna precaria eglantina, iluminada por un carmín casi irreal... No necesita personas para manifestarse esa poesía; la soledad es el jardin de sus sueños. Una encina en cuyo tronco hai clavada una flecha que la herrumbre muerde, i un rayo de luna. El poema surge de este sencillo hallazgo, pues al darse con el arma, el poeta evoca una travesura de los Elfos. Sin duda no es enteramente común encontrar un dardo en el tronco de una encina, pero el incidente resultaría trivial para otro más preocupado de las cosas humanas; para éste resulta una evocación, pues eso es toda su poesía. La soledad es eminentemente sugestiva, i crea relaciones inesperadas entre el espectador i lo circunstante a él. La meditación desenvuelve un instinto superior de comunicación con las cosas; éstas viven, se animan, piensan, i su *nous* se manifiesta en una vaga eclosión:

Une fée est cachée en tout ce que tu vois.

Esto es verdad, hasta en filosofia, i en ello está el secreto de todos los mitos; mas el poeta de quien trato, resuelve en su propio espíritu su panteismo. Es un idealista. En ese espíritu nacen, se desarrollan i terminan las evocaciones; apenas si se nota la influencia exterior en el elemento decorativo, tomado como una relación, necesaria por lo conocida, para comunicarse con el lector; la mujer, por ejemplo, a causa de ser el mejor pretexto para sugerir el amor i la tristeza. Mas, ¿porqué está triste esa poesia? Simplemente porque está hecha de nostalgia, de quimera i de ensueño; i además, porque como todas las poesías padece del mal de la realidad. Infinitamente sensible, teme las escarpaduras demasiado vivas del presente torturado i batallador; vuelve sus ojos al pasado, mejor cuanto más irrestituible, i por esto mismo; toma por certidumbre el ilusorio miraje con que le mitigan al par la distancia i la bruma; siéntese apegado a esos muertos, a esa fé, a esos ideales; déjase envenenar por el filtro peligroso de la nostalgia negligente, que infunden las fatigas acumuladas en el desatentado afán de lo perfecto, i ante la imposibilidad de justificar su propio culto, le instala de modo que sea inatacable a los tónicos reactivos de la controversia, prefiriendo ver bello en la ilusión, a ver racional en la experiencia. Así, la quimera produce la nostalgía, i para sostenerse, el ensueño. En vano es que la historia le esclarezca el secreto de la caballería andante i del monaquismo, pintándole con precisos rasgos al lobo feudal, doblemente acorazado en su arnés i en la orgullosa brutalidad de sus privilegios; o al monge dominante, en fondo de carbón inquisitorial. Él quisiera ser ese barón i ese monge. Eternizando un momento bello de sus personajes, ha concluido por caer bajo la sugestión de su propio hallazgo. La poesía es ingenuamente optimista i por esto encuentra emociones de belleza hasta en lo horrible i en lo lúgubre. Obsérvese en este libro el soneto «Pórtico» de *Medioevales*. El poeta suspira por cuatro tipos principales de su edad querida, un villano, un trovador, un fraile i un guerrero. Los cuatro están tomados, no en una de sus bellas actitudes posibles, sino en la única: el fraile, mirando a Dios con mirar extático; el pechero, constelado de esperanza i de fé; el trovador, cantando amores i guerras en el castillo, bajo los ojos suaves de la hermosa castellana; el guerrero acuchillando a la morisma o asaltando una abadía lanza en mano. Así, son bellos seguramente, i como el poeta no quiere verlos de otro modo, le resultan bellos por entero, i hermosa la edad que los produjo.

Con este mismo criterio optimista i quimérico, se ha producido el poema *Castalia Bárbara*, que dá su nombre al libro. Pero aquí la poesía de los ensueños pálidos ha sentido encenderse en sus pupilas un relámpago de misterio i de muerte. La mitología escandinava, fantásticamente varonil, le ha sugerido estrañas evocaciones. En rigor de lógica, debería esperarse, dado el tema, una intervención de la plástica. Inténtalo el poeta, en efecto; mas la obsesión del misterio le arrastra, i continúa siendo impersonal e interno. La única determinación individual que se permite son algunos nombres, i estos casi siempre como atributos de oraciones cuyos sujetos son colectivos. Apenas *Lok* en «El Canto del Mal» i *Thor* en «Æternum vale», aparecen actuando personalmente. El poeta no les describe; deja que el lector se figure cómo son, por lo que obran o dicen. Tampoco hace cuadros ni escenas. Es poesía enteramente subjetiva la suya, i sólo aspira a producir estados de alma, dejando que el lector se coloque en el medio más apto para cultivarlos o refinarlos, una vez producidos. El método tiene sus desventajas, siendo la primera una completa inaccesibilidad para el público, i la segunda, entre otras, una vaguedad lindera a veces de la confusión i del estravio; empero sus ventajas son también evidentes; la fuerza de evocación, alcanzada por virtud de un rasgo, en apariencia nimio, es un resultado de aquel método. Algunos toques de maestro van a probárnoslo.

En «*País de sueño*», hai un soneto que el poeta acuña como una medalla preciosa con la efigie de su amada. Esta efigie, a primera vista no aparece; el poeta se limita a describirnos su propio encanto, i sólo tiene para la amada adjetivos comunes a la elegante frivolidad del sexo: maligna, hechicera, inconstante i fugaz. Sin embargo, el primer cuarteto nos había presentado ya la deseada efigie:

Deja que empolve tu cabeza blonda
¡Oh mi amada, maligna i hechicera!

¿Esa blonda cabeza empolvada de la mujer á quien los dos adjetivos del segundo verso califican, no es toda una revelación? Tan clara resulta la intención sugestiva del poeta, que el tercer verso resume la impresión provocada, por medio de otro adjetivo consecuente del arreglo especial de la cabellera, para dar el rasgo final, donde la figura se precisa en una reminiscencia que concreta toda la evocación:

Deja que empolve tu cabeza blonda
¡Oh mi amada, maligna i hechicera!
Serás, bajo la nivea cabellera,
Una joven duquesa de la Fronda.

Este último verso es un rasgo completo, i prueba cómo sin necesidad de determinaciones individuales se puede llegar a la precisión i la nitidez.

Desea el poeta simbolizar la derrota del viejo culto de Odín por el Cristianismo naciente, i produce una de las piezas de más alta poesía con que cuenta la literatura americana. Es sencilla i obscura como la barbarie misma; está llena de una vaga superstición, a la que el ruido de los árboles i el tropel de las bestias salvajes, comunica no sé qué estraña grandeza. La hija de Nhor pasaba en su negro caballo a la sombra de los fresnos añosos, cuando vió erguirse al dios estrangero. Los númenes se agitan; resuena el canto divino: los animales sagrados escuchan; Thor, el Marte escandinavo, se apresta a derribar con su maza el dios intruso, i el revoleo del arma obscurece los cielos... Cuando la claridad renace, el canto divino se está apagando, los dioses agonizan. El que los ha vencido

Es un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

¿Puede darse detalle más simple para caracterizar al Cristo, ni más natural a la vez en el espanto confuso que anonada al Olimpo bárbaro? Freya le ha visto al pasar, helada la sangre, i no sabe sino que es silencioso i que tiene abiertos los brazos. Y ese verso que vuelve a cada paso, revela mejor que nada, en su sencillez, la victoria fatal del nuevo culto i la obsesión de los personages míticos, a quienes asalta el vago miedo de esa presencia incomprensible. El miedo vago de lo incomprensible; no es esto la más alta espresión del terror i de la angustia?

Esas repeticiones son, por otra parte, una necesidad rítmica. No repetiré aquí la defensa del *leit motiv*, pero sí haré notar que los poetas afiliados al método verlainiano

De la musique avant toute chose,

han hecho del mencionado recurso una necesidad artística. Bueno? Malo? Según... Bueno si el efecto artístico satisface. Malo si lo contrario. El autor de *Castalia Bárbara*, con ese i otros recursos, tiene un ritmo propio. La invención lírica juega en su obra un papel tan importante, que es casi primordial. Sus composiciones «El alba», «Voz estraña», «Venus errante», «El hospitalario», «Las noches», son verdaderas novedades en la poética castellana. No diré que vaya siempre con acierto el uso de esos ritmos, exagerados a veces por un abuso de originalidad: que ese sacrificio constante de la melodía a la armonía resulte obligatoriamente agradable; ni que la empeñosa violación de los metros clásicos sea plausible, pues entiendo que si de ellos se usa es para respetarlos, por estar contenida precisamente en la libertad del ritmo, la conservación de las formas adquiridas. Pero sí me parece que este libro es tentativa lograda, i que en su género, constituye un caso digno de estudio. A través de los versos aludidos, el idioma ha pasado por una prueba audaz, demostrando, aun cuando más no sea, su facilidad de adaptación a los nuevos moldes en que el poeta vertió su aleación preciosa. El ensayo no es definitivo, ni mucho menos; para serlo, debería pasar, en mi entender, por esta prueba: que tales versos, compuestos por un mal poeta, diesen una impresión musical agradable; es la demostración triunfante de la bondad de los metros clásicos i hai que exigirla a los nuevos para saber cómo se portan. En el presente caso, el talento del poeta, su concepción original i su destreza sugestiva, si contribuyen fundamentalmente al éxito de su obra, perturban el juicio que sólo quiere referirse al mecanismo de la realización. De cualquier modo, el hecho de resultar bueno por esta vez ese mecanismo. es ya una presunción de bondad general, i si no resulta así, tanto mejor para quien ha conseguido expresar altas emociones de belleza con un instrumento descalabrado.

A nuevas ideas, nuevos modos de expresión. Esto es mui importante. pues lleva en sí el problema de la evolución de las lenguas, i la crítica debe estudiar con preferencia semejantes fenómenos. Hacer versos antiguos con pensamientos nuevos, está mui bien... mientras se pueda. Pero es que los pensamientos no se manifiestan de la misma manera en todos los individuos; i de aquí que aun en los metros conocidos cada poeta tiene *su* verso. Después. el abuso psicológico que está hoi en boga, la sutilísima división de las ideas. la anotación prolija de tantas emociones desconocidas para el hombre de la Naturaleza, son una causa mui grave de complicación. Es evidente que de la expresión unitaria hemos pasado a la expresión sintética, i aunque la síntesis sea una unidad en definitiva, es una unidad de combinación, una unidad condicionada i evolucionada. que presenta tantos aspectos como elementos lleva sumados en su total integridad. La poesía pretende adaptarse a este nuevo estado de cosas i se vuelve simbolista. porque todo símbolo es una síntesis. Se quiere que cada verso sea un diamante cuyas facetas produzcan diversas fulguraciones a la vez. Por esto la reforma en el ritmo, en la perspectiva. en la metáfora—los nuevos modos de decir adaptados a los nuevos modos de pensar.

Hé aquí lo que este poeta practica. Yo no estoi conforme ni con sus ideas ni con sus tendencias en general. i aun podría reprocharle con fundamento algunas incorrecciones de detalle, i hasta ciertos excesos de brevedad que resultan balbuceos en el acceso a un detalle difícil; mas el efecto de conjunto es tan satisfactorio; hai en esos poemas tal suma de trabajo bueno. tal intención sincera de producir emociones de belleza, i tal suma de consecuciones en la empresa intentada, que mi estudio no puede ser sino un elogio. Sólo por satisfacción de crítico, indico la existencia de los aludidos defectos i su carácter. pues creo que cuando en una obra las bellezas prevalecen, ella puede darse por buena sin restricciones; sucediendo lo contrario cuando los defectos superan.

Si nuestra juventud literata se diera cuenta, siquier mezquina i defectuosa, del problema que acomete con sus ensayos, i tomara estos ejemplo de verdaderos trabajadores, la producción intelectual fuera menos enclenque. Esa juventud no hace absolutamente nada, no sabe a donde ni porqué vá; su meollo subalterno está inflado de palabras cuyo significado no entiende, i de pedantería pareja con su calamitosa literatura. Acostumbrada a la estafa consentida de nuestros exámenes de Colegio Nacional, cree que en las pruebas del arte puede triunfar con balurdos de competencia. Este error causa su debilidad i justifica el merecido desdén con que la gente juiciosa mira esas sus novedades de ratonera literaria. Y bien, el señor Jaimes Freyre no pertenece a semejante juventud, aunque él i su Poesía sean jóvenes. El arte es para él cosa seria i ardua, no parche de bombo. Y por esto, bajo los extraordinarios peinadores lila apagado o viejo marfil en que se envuelve esa Poesía, encuéntrase a poco andar el esfuerzo, el vigor sano del trabajador esperto en domas de estilo, como bajo los arreos femeniles i el bermellón de los disimulos cortesanos, corría, generosa i varonil, la sangre de Aquiles de Peleo.

LEOPOLDO LUGONES.

Siempre.....

Peregrina paloma imaginaria
Que enardeces los últimos amores;
Alma de luz, de música y de flores,
Peregrina paloma imaginaria,

Vuela sobre la roca solitaria
Que baña el mar glacial de los dolores;
Haya, á tu paso, un haz de resplandores
Sobre la adusta roca solitaria.....

Vuela sobre la roca solitaria,
Peregrina paloma, ala de nieve
Como divina hostia, ala tan leve
Como un copo de nieve; ala divina,
Copo de nieve, lirio, hostia, neblina,
Peregrina paloma imaginaria.....

Castalia bárbara

Poema

A Moisés Santiváñez

Castalia bárbara

I *El camino de los Cisnes*
II *El canto del Mal*
III *Los héroes*
IV *La muerte del héroe*
V *La Noche*
VI *Los Elfos*
VII *Las Hadas*
VIII *El Alba*
IX *La Espada*
X *El Walhalla*
XI *El Himno*
XII *Los Cuervos*
XIII *Æternum vale*

I

El Camino de los Cisnes.

Crespas olas adheridas á las crines
De los asperos corceles de los vientos;
Alumbradas por rojizos resplandores,
Cuando en yunque de montañas su martillo bate el trueno.

Crespas olas que las nubes oscurecen
Con sus cuerpos desgarrados y sangrientos,
Que se esfuman lentamente en los Crepúsculos,
Turbios ojos de la Noche, circundados de misterio.

Crespas olas que cobijan los amores
De los mónstruos espantables en su seno,
Cuando entona la gran voz de las borrascas
Su salvaje epitalamio, como un himno gigantesco.

Crespas olas que se arrojan á las playas
Coronadas por enormes ventisqueros,
Donde turban con sollozos convulsivos
El silencio indiferente de la noche de los hielos.

Crespas olas que la quilla despedaza,
Bajo el rayo de los ojos del guerrero,
Que ilumina las entrañas palpitantes
Del Camino de los Cisnes, para el Rey de Mar abierto...

II

El canto del Mal.

Canta Lok en la oscura región desolada,
Y hay vapores de sangre en el canto de Lok.
El Pastor apacienta su enorme rebaño de hielo,
Que obedece,—gigantes que tiemblan,—la voz del Pastor.
Canta Lok á los vientos helados que pasan,
Y hay vapores de sangre en el canto de Lok.

Densa bruma se cierne. Las olas se rompen
En las rocas abruptas, con sordo fragor.
En su dorso sombrío se mece la barca salvaje
Del guerrero de rojos cabellos, huraño y feroz.
Canta Lok á las olas rugientes que pasan,
Y hay vapores de sangre en el canto de Lok.

Cuando el himno del hierro se eleva al espacio
Y á sus ecos responde siniestro clamor,
Y en el foso, sagrado y profundo, la víctima busca,
Con sus rígidos brazos tendidos, la sombra del Dios,
Canta Lok á la pálida Muerte que pasa
Y hay vapores de sangre en el canto de Lok.

III

Los héroes.

Por sanguinario ardor estremecido,
Hundiendo en su corcel el acicate,
Lanza el Bárbaro en medio del combate
Su pavoroso y lúgubre alarido.

Semi desnudo, sudoroso, herido,
De intenso gozo su cerebro late,
Y con su escudo al enemigo abate,
Ya del espanto y del dolor vencido.

Surge de pronto claridad extraña,
Y el horizonte tenebroso baña
Un mar de fuego de purpúreas ondas,

Y se destacan, entre lampos rojos,
Los anchos pechos, los sangrientos ojos
Y las hirsutas cabelleras blondas.

IV

La muerte del héroe.

Aun se estremece y se yergue y amenaza con su espada,
Cubre el pecho destrozado su rojo y mellado escudo,
Hunde en la sombra infinita su mirada
Y en sus labios espirantes cesa el canto heróico y rudo.

Los dos Cuervos silenciosos ven de léjos su agonía
Y al guerrero las sombrias alas tienden,
Y la noche de sus alas, á los ojos del guerrero, resplandece como el día.
Y hácia el pálido horizonte reposado vuelo emprenden.

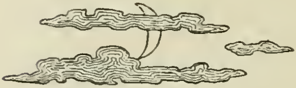
V

La Noche.

Agitadas por el viento se mecen las negras ramas;
El tronco, lleno de grietas, al rudo empuje vacila,
Y entre el musgo donde vagan los rumores de la noche,
Rompen la tierra y se asoman las raices de la encina.
Van las nubes por el cielo. Son Endriagos y Quimeras,
Y enigmáticas Esfinges de la fiebre compañeras,
Y Unicornios espantables y Dragones, que persigue
La compacta muchedumbre de las venenosas Hidras;
Y sus miembros desgarrados en las luchas silenciosas,
Ocultan con velo denso la faz de la luna lívida.

Saltan sombras de las grietas del viejo tronco desnudo,
Y hácia la selva en fantástica carrera se precipitan,
Sobre el musgo donde vagan los rumores de la noche
Y amenazantes se yerguen las raíces de la encina.

Extraños seres que visten singulares vestiduras,
Y abandonan sus heladas, misteriosas sepulturas,
En el sueño pavoroso de una noche que no acaba.....
Miéntras luchan en el cielo los Dragones y las Hidras,
Y sus miembros desgarrados en los choques silenciosos,
Ocultan con velo denso la faz de la luna lívida.



VI

Los Elfos.

Envuelta en sangre y polvo la javalina,
En el tronco clavada de añosa encina,
A los vientos que pasan cede y se inclina,
Envuelta en sangre y polvo la javalina.
  Los Elfos de la obscura selva vecina,
Buscan la venerable, sagrada encina.
Y juegan. Y á su peso cede y se inclina
Envuelta en sangre y polvo la javalina.

Con murmullos y gritos y carcajadas,
Llena la alegre tropa las enramadas:
Y hay rumores de flores y hojas holladas,
Y murmullos y gritos y carcajadas.

Se ocultan en los árboles sombras calladas,
En un rayo de luna pasan las hadas;
Llena la alegre tropa las enramadas
Y hay rumores de flores y hojas holladas.

En las aguas tranquilas de la laguna,
Más que en el vasto cielo, brilla la luna
Allí duermen los albos cisnes de Iduna,
En la márgen tranquila de la laguna.
Cesa ya la fantástica ronda importuna,
Su lumbre melancólica vierte la luna,
Y los Elfos se acercan á la laguna
Y á los albos, dormidos cisnes de Iduna.

Se agrupan silenciosos en el sendero,
Lanza la javalina brazo certero;
De los dormidos cisnes hiere al primero,
Y los Elfos lo espian desde el sendero.
Para oir el divino canto postrero
Blandieron el venablo del caballero,
Y escuchan, agrupados en el sendero,
El moribundo, alado canto postrero.

VII

Las Hadas.

Con sus rubias cabelleras luminosas,
En la sombra se aproximan. Son las Hadas.
A su paso los abetos de la selva,
Como ofrenda tienden las crujientes ramas.
        Con sus rubias cabelleras luminosas
            Se acercan las Hadas.

Bajo un árbol, en la orilla del pantano,
Yace el cuerpo de la vírgen. Su faz blanca,
Su faz blanca, como un lirio de la selva:
Dormida en sus labios la postrer plegaria.
        Con sus rubias cabelleras luminosas
            Se acercan las Hadas.

A lo léjos, por los claros de los bosques,
Pasa huyendo tenebrosa cabalgata,
Y hay ardientes resoplidos de jaurías
Y sonidos broncos de trompas de caza.
Con sus rubias cabelleras luminosas
Se acercan las Hadas.

Bajo el árbol, en la orilla del pantano,
Sobre el cuerpo de la vírgen inclinadas,
Posan, suaves como flores que se besan,
Sus lábios purpúreos en la frente blanca.
Y en los ojos apagados de la muerta
Brilla la mirada.

Con sus rubias cabelleras luminosas
Se alejan las Hadas.
A su paso los abetos de la selva,
Como ofrenda tienden las crujientes ramas.
Con su rubia cabellera luminosa
Va la vírgen blanca.

VIII

El Alba.

Las auroras pálidas,
Que nacen entre penumbras misteriosas,
Y enredados en las orlas de sus mantos
Llevan girones de sombra,
Iluminan las montañas,
Las crestas de las montañas, rojas;
Bañan las torres erguidas,
Que saludan su aparición silenciosa,
Con la voz de sus campanas
Soñolienta y ronca;
Ríen en las calles
Dormidas de la ciudad populosa,
Y se esparcen en los campos
Donde el invierno respeta las amarillentas hojas.

Tienen perfumes de Oriente
Las auroras;
Los recojieron al paso, de las florestas ocultas
De una extraña Flora.
Tienen ritmos
Y músicas harmoniosas,
Porque oyeron los gorjeos y los trinos de las aves
Exóticas.

Su luz fría,
Que conserva los girones de la sombra,
Enredóse, vacilante, de los lotos
En las anchas hojas.
Chispeó en las aguas dormidas,
Las aguas del viejo Ganges, dormidas y silenciosas;
Y las tribus de los árabes desiertos,
Saludaron con plegarias á las pálidas auroras.

Los rostros de los errantes bedüinos
Se bañaron con arenas ardorosas,
Y murmuraron las suras del Profeta
Voces roncas.

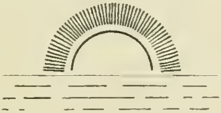
Tendieron las suaves alas
Sobre los mares de Jonia,
Y vieron surgir á Vénus
De las suspirantes olas.

En las cimas,
Donde las nieblas eternas sobre las nieves se posan,
Vieron mónstruos espantables
Entre las rocas,
Y las crines de los búfalos que huían
Por la selva tenebrosa.

Reflejaron en la espada
Simbólica,
Que á la sombra de una encina
Yacía, olvidada y polvorosa.

Hay ensueños.
Hay ensueños en las pálidas auroras.....
Hay ensueños,
Que se envuelven en sus girones de sombra.....
Sorprenden los amorosos
Secretos de las nupciales alcobas,
Y ponen pálidos tintes en los labios
Donde el beso dejó huellas voluptuosas.....

Y el Sol eleva su disco fulgurante,
Sobre la tierra, los aires y las suspirantes olas.



IX

La Espada.

La rota, sangrienta espada del soldado,
Cuando el Corcel luminoso con su roja crin la baña,
Cubierta de polvo yace, como un ídolo humillado.
Como un viejo Dios, hundido en la montaña.

X

El Walhalla.

Vibra el himno rojo. Chocan los escudos y las lanzas
Con largo fragor siniestro.
De las heridas sangrientas por la abierta boca brotan
Ríos purpúreos.
Hay besos y risas.
Y un cráneo lleno.
De hidromiel, en donde apagan,
Abrasados por la fiebre, su sed los guerreros muertos.

XI

El Himno.

—Bebe ¡oh Dios! Entre los bosques, al traves de la espesura,
Los feroces jabalies han huido,
Y en mitad de su carrera puso tèrmino á su insólita pavura,
Rayo ardiente y luminoso de mi aljaba desprendido.

Bebe ¡oh Dios! Para tu copa dieron mieles las abejas
De los huertos del Palacio blanco y oro;
Ya del Lobo y la Serpiente la medrosa vista alejas
Y vierte la lengua de Orga su sacro raudal sonoro.

Cuando tu aliento se cierne sobre el campo de batalla,
Ríe el guerrero á la Muerte que le acecha:
Si en el espacio infinito, con el trueno, tu potente voz estalla,
Se hunde en el cuello la lanza y en el corazón la flecha!

XII

Los Cuervos.

Sobre el himno del combate y el clamor de los guerreros.
Pasa un lento batir de álas: se oye un lúgubre graznido,
Y penetran los dos Cuervos, los divinos, tenebrosos mensageros.
Y se posan en los hombros del Dios y hablan á su oido.

XIII

Æternum vale.

Un Dios misterioso y extraño visita la selva.
Es un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.
Cuando la hija de Nhor espoleaba su negro caballo,
Le vió erguirse, de pronto, á la sombra de un añoso fresno.
Y sintió que se helaba su sangre
Ante el Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

De la fuente de Imér, en los bordes sagrados, más tarde,
La Noche á los Dioses absortos reveló el secreto:
El Aguila negra y los Cuervos de Odin escuchaban,
Y los Cisnes que esperan la hora del canto postrero;
Y á los Dioses mordia el espanto
De ese Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

En la selva agitada se oian extrañas salmódias.
Mecia la encina y el sauce quejumbroso viento:
El bisonte y el alce rompian las ramas espesas,
Y á través de las ramas espesas huian mugiendo.
En la lengua sagrada de Orga
Despertaban del canto divino los divinos versos.

Thor, el rudo, terrible guerrero que blande la maza,
—En sus manos es arma la negra montaña de hierro.—
Va á aplastar, en la selva, á la sombra del árbol sagrado,
A ese Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.
Y los Dioses contemplan la maza rugiente.
Que gira en los aires y nubla la lumbre del cielo.

……

Ya en la selva sagrada no se oyen las viejas salmódias.
Ni la voz amorosa de Freya cantando á lo léjos,
Agonizan los Dioses que pueblan la selva sagrada,
Y en la lengua de Orga se extinguen los divinos versos.

Solo, erguido á la sombra de un árbol,
Hay un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

País de sueño

. . .Yedra adorada que enlacé á mis sueños. . . .

«Je meurs ou je m'attache»

Deja que empolve tu cabeza blonda
¡Oh, mi amada, maligna y hechicera!
Serás, bajo la nivea cabellera,
Una joven duquesa de la Fronda.

Inconstante y fugaz, como la onda,
Te llevó tu capricho á mi ribera:
Ya senti florecer tu primavera
Sobre mi pena, misteriosa y honda.

Y pues mi cielo tu sonrisa irisa,
Haz que sus alas, en gentil sonrisa,
El ave roja de tus labios tienda...

Aunque después me hieran tus desvíos,
Acuñaré en tu honor los versos mios,
Con tu busto ducal y tu leyenda.

Voz extraña...

Voz dulcísima y extraña,
Que murmura extrañas cosas,
Por los sueños de la vírgen ignoradas...
Que penetra en sus oídos, suavemente,
Como una caricia musical y vaga;
Como una harmonía
Que se enredara en sus trenzas, blondas y largas
Y á través del oro crespo
De la trenza, en sus oidos resonara.

Desfallece
Como un crepusculo, el eco de las palabras.

Blanco y rosa
Es tu cuerpo harmonïoso ¡oh vírgen blanca!
Cruzan por él, temblorosas y sutiles,
Sierpes azuladas.

En las nacientes colinas,
Sobre la nieve, botones de rosa se alzan,
Y hay alburas
De cisnes en tu garganta.
¿Porqué no juegan Amores y Deseos
Con los botones de rosa que sobre tu seno se alzan?
¿Porqué los besos
No corren sobre tu cuerpo por tus venas azuladas?

Desfallece
Como un crepúsculo, el eco de las palabras.

En tus labios hay caricias,
Moribundas, como una larga esperanza:
En tus ojos hay ensueños
Que velan la azul aurora de tu mirada.
A tu oido
Suspirantes voces hablan,
Como murmullo de olas
Lejanas.
¿Porqué la Abeja no busca
La miel que tus labios entreabiertos guardan?
¿Porqué no junta tu Ensueño
Con otro Ensueño sus alas?

Desfallece
Como un crepúsculo, el eco de las palabras.

La sangre en las rosas
No dura siempre y las rosas se apagan,
Dibuja junto á los labios
Un surco la risa amarga;

Los ojos y las mejillas
Son camino de las lágrimas.
En tu cuerpo,
Donde el triunfo de la curva la suma Belleza exalta,
Pondrá el Invierno sus hielos
Mañana.
¡Oh, el calor de las caricias!
¡Oh, los besos!...

Desfallece
Como un crepúsculo, el eco de las palabras.

De la Thule lejana...

En la patria del mirto y los laureles
Adornara los pórticos tu imágen;
En la patria del mirto y los laureles.

(Oh Palas! Es tu hermana en la belleza
Y en la serena majestad de diosa;
Oh Palas! Es tu hermana en la belleza.)

El pais de la reina Fantasía
Vió alzarse tu palacio blanco y oro:
El pais de la reina Fantasía.

Al chocar de las lanzas te invocaban,
Berta... Crimilda acaso... los guerreros
Al chocar de las lanzas te invocaban.

Las perlas de sus mantos esparcian
En las mundanas fiestas los señores;
Las perlas de sus mantos esparcian.

Y de perlas y amor entremezclados
Alfombraban ¡oh reina! tu camino;
De perlas y de amor entremezclados.

Flores de lis tus hombros y tu seno,
En las régias escenas esplendian;
Flores de lis tus hombros y tu seno.

Pálida muchedumbre clamorosa
Rodeaba tus parques encantados;
Pálida muchedumbre clamorosa.

II. Tus labios rojos donde duerme el beso
El himno apenas del amor murmuran;
Tus labios rojos donde duerme el beso...

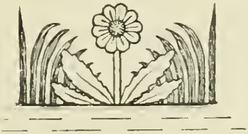
¿A que mundo ignorado y misterioso
Vuelves la aurora azul de tus pupilas?
A que mundo ignorado y misterioso?

¡Oh Príncipe soñado que no llega
De la Thule lejana de los sueños!
Oh Príncipe soñado que no llega!

A su visión radiosa entre las sombras
Tiendes los suaves, temblorosos brazos:
A su visión radiosa, entre las sombras.

Y á su ideal contacto se estremece
La estatua marfileña y sonrosada;
A su ideal contacto se estremece.....

La pálida nostalgia de las brumas
Te envuelve; oh reina desterrada y triste!
La pálida nostalgia de las brumas!



Vénus errante

I. Sigo á la nave, que vacila
Sobre las olas;
Oigo á los vientos que se quejan entre las járcias,
Y sobre el mástil veo posarse á las gaviotas.

Los turbios ojos de los peces
Miran la quilla temblorosa,
Y sus escamas á los rayos del sol relucen,
Y forman nubes de alba espuma sus negras colas.

Tierra lejana...
No se vislumbran de la orilla las altas rocas,
Y la mirada se detiene
Sobre la cresta de las ondas.

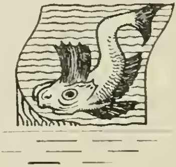
II. Vénus errante, tu le guardas suaves caricias:
No vió tu rostro el marinero, pero te adora.
Vénus errante...
Sobre los mares soñó acaso, contigo, á solas.

Tocó su nave en las riberas de nieve y bruma;
Sintió su beso entre los labios, la Vénus blonda,
Y contemplaron la bronceada faz del marino,
Garzas pupilas soñadoras.

Tocó su nave en las riberas que el sol abrasa,
La Vénus negra fugaz beso dejó en su boca,
Y se enlazaron á su cuello
Brazos de ébano y de sombra.

Vénus errante, tú le esperas sobre la playa.
¿Eres la ardiente bayadera voluptüosa?
¿Sabes de amores?
No vió tu rostro el marinero, pero te adora...

III. Evocan sueños y visiones
Las soledades misteriosas:
Y se dibujan, á lo léjos, entre las nieblas,
Sus indecisas, vagas formas...



Mediodía

A la Vizcondesa de Filgueiras.

En ese bosquecillo, bajo la umbría
Que forman los bambúes y las palmeras,
Hablaremos, si os place, señora mía,
De vuestras ilusiones y mis quimeras.

Mirad cómo los gajos de las magnolias
Agitan dulcemente las brisas cálidas,
Y á su soplo de fuego las centifolias
Pliegan, estremecidas, sus hojas pálidas.

Erguidas y soberbias sobre las ramas
Fingen las amapolas rojos trofeos,
Y tras de las espinas, alzan sus llamas
Las rosas, encendidas como deseos.

Las albas azucenas doblan la frente,
Como suaves y blancas reinas cautivas;
Ondulan en sus tallos, pausadamente,
Amarillas y tristes, las siemprevivas.

Se abre la azul hortensia sobre la grama,
Y blanqueando los muros de los jardines,
En profusion alegre se desparrama
La nevada olorosa de los jazmines.

Semejan las orquideas lluvia de estrellas
Sobre los viejos troncos indiferentes;
Las camelias se yerguen, frías y bellas,
Detrás de los helechos arborescentes.

Juegan alegremente Risas y Amores
Sobre el plinto que enlaza la verde yedra;
Alza el busto soberbio bajo las flores,
Una Vénus que adornan flores de piedra.

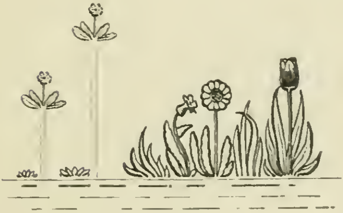
El sol de mediodía con sus reflejos
Dora la faz de Juno, severa y pura,
Y Diana, pensativa, mira á lo lejos,
El temblor de las hojas en la espesura.

Bajo la marquesina de la glorieta
Tiende un cisne las alas de seda y nieve,
Y busca, sobre el césped, su vista inquieta,
La huella fugitiva de un paso leve.

Junto á la clara fuente que el sol alegra,
Chispëando en las aguas sus rayos rojos.
Traza, en rápido vuelo, su sombra negra
Una ave, perseguida por vuestros ojos.

Hay perfumes y cantos, luz y alegría
En el seno de todas las primaveras...

No llevemos la nieve, señora mía,
De ilusiones perdidas y de quimeras...



Al infinito amor

Vuelve á mi la caricia de tus ojos!
Mi corazón, que estremeció el deseo.
Arderá como incienso en tu mirada...

Vuelve á mi la caricia de tus ojos!
A mi noche, poblada de visiones.
La alegría auroral de tu mirada...

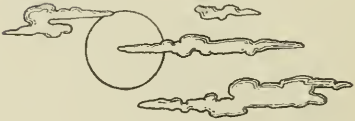
Desfallezca mi espiritu en tus ojos,
Gozosamente, luminosamente,
Al infinito amor de tu mirada...

El argentino timbre de tu risa,
Harmonïoso sueño mío, llene
De lirica harmonia mis oidos.

De lírica harmonía, como el canto
Del ruiseñor, la selva dolorosa
Donde caen las hojas como lágrimas...

Ciña mi cuello el lazo de tus brazos,
Llamaradas ebúrneas, desprendidas
De la amorosa hoguera de tu cuerpo.

Desvanézcase el sueño de mi vida
En el sueño de fuego de tus ojos,
En el sueño de mármol de tus brazos...

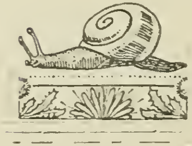


Canción de la Primavera

Sangre de las venas de las rosas rosas
Baña las mejillas, purpúra los labios....
En las fugitivas horas voluptuosas
Hay fuego en las venas de las rosas rosas.
Hay fuego en las venas de las rosas rosas
Y el Fauno contempla, desde la espesura,
Las primaverales luchas amorosas,
La sangre en las Ninfas de las rosas rosas.

En el oro crespo de las cabelleras
Ríe el sol y enreda sus rayos de oro,
Y hay huellas de locas caricias primeras
En el oro crespo de las cabelleras.
En el oro crespo de sus cabelleras
Se adornan las Ninfas con hojas y flores,
Heraldos triunfales de las Primaveras,
En el oro crespo de las cabelleras.

En la fría y suave marmorea blancura
Eros labra el nido con risas y besos,
Y hay rojos rubores y fuego y ternura
En la fría y suave marmórea blancura.
La fría y süave marmórea blancura
Se tiñe con sangre de las rosas rosas,
Y el Fauno contempla, desde la espesura
La fría y süave, marmórea blancura....



El Canto del Graal

Cuando el eco de alada harmonía
Tembloroso en mi oido resuena,
Siento arder una extraña alegria
En el fondo sin luz de mi pena.

Eco vago de alada harmonia,
Que la noche del alma serena;
Fugitivo como una alegria
Dulcemente en mi oido resuena.

¿Es acaso una vieja alegría
Que renace, como una harmonía.
En el fondo sin luz de mi pena?

Esperanza o recuerdo, cadena
Que eslabona una mano sombría
De crepúsculos lívidos llena....

Arda y tiemble esa extraña harmonia
En el fondo sin luz de mi pena!

Cristo

A Andrés A. Mata.

I

Selva espesa. Pasa el viento
Sollozando entre las hojas:
Incendian el firmamento
Sangrientas serpientes rojas;

Con largo y ronco lamento
Se arrastra en su cauce el río;
Por entre el ramaje umbrío
De los bosques seculares,
Se siente el jadear bravío
De pumas y de jaguares.

Y entre el umbrío ramaje,
La postrera luz del día
Ilumina la salvaje
Toldería.

La blanca Cruz en la mano,
—Presa de extraña alegría,—
Va el Misionero cristiano;
Y en su rostro se adivina
La suprema fé divina
Y el vago terror humano.

II

Nubes de incienso. La nave
Del gótico templo, llena
Murmullo lento y süave...

Va la plegaria serena,
Como una ave
De alas blancas. Desfallece
Sobre el frío pavimento,
La luz del sol, que parece
Crepúsculo somnolento.

Abierta en el muro obscuro,
La ojiva contempla el cielo,
Y el incienso sobre el muro
Tiende perfumado velo.

El Símbolo, alado y puro,
Cubre al Apóstol, que advierte
Que hay, para el alma abatida,
Tras la angustia de la vida
La esperanza de la muerte.

MEDIOEVALES

Pórtico

Villano, trovador, fraile ó guerrero,
Con hoz, breviario, bandolín ó espada,
Fuera hermoso vivir en la pasada
Heróica edad de corazón de acero.

Fuera hermoso, en verdad! Si fraile austero
Ver á Dios con extática mirada:
Llevar por la Esperanza constelada
Y la Fé, el alma, si infeliz pechero.

Si trovador, en el feudal castillo
Cantar guerras y amor, al suave brillo
De los ojos de hermosa castellana;

Combatir, si guerrero, noche y dia,
Asaltar, lanza en mano, una abadía,
O acuchillar la hueste musulmana!

I

El hermano pintor

A Luis Berisso.

El padre abad espia. Por la grieta
Que abre el muro rugoso del convento,
Ve en la celda un infólio amarillento
Donde hay una mayúscula incompleta.

—Es la doliente y mística silueta
De un extático monge macilento,
De ojos llorosos y cabello al viento
Y un nimbo en torno de su faz de asceta...—

Con las manos unidas sobre el pecho,
Arrodillado junto al pobre lecho,
El hermano pintor parece inerte.

Dijérase que el nimbo peregrino,
Que trazaba en el viejo pergamino.
En su pálida sien traza la Muerte!

II

Hoc signum...

A José Enrique Rodó.

Secó sus ojos turbios el villano,
Y con paso medroso y vacilante,
Fué á postrarse ante un Cristo agonizante,
Símbolo eterno del tormento humano.

—*Piedad, Señor!*—Su labio palpitante
Por decir su dolor pugnaba en vano;
Y extendió el Cristo su llagada mano
Y brilló la piedad en su semblante.

—*Señor, venganza!* —En la profunda herida
Abierta en un costado, una encendida
Gota de sangre apareció... El villano

Sonrió entre las sombras... En sus ojos
Había extraños resplandores rojos
Y una ancha daga en su crispada mano.

III

Complainte

Va mi pálida quimera
A enredarse, como una ave,
En la onda, crespa y suave,
De tu blonda cabellera.

I

Eres la rosa ideal
Que fué la Princesa-rosa,
En la querella amorosa
De un menestrel provenzal.

Si tú sus trovas quisieras,
Llegarían, como un ruego,
Los serventesios de fuego,
En harmoniosas hogueras.

Darias al vencedor
Los simbólicos trofeos,
En los galantes torneos
De la ciencia del amor.

Incensado por el aura
De la dulce Poesia,
En tus manos dejaria
Su cetro Clemencia Isaura.

II

Serias el lirio humano
Que halló un rey, bajo su tienda,
En la brumosa leyenda
De un minnesinger rhiniano.

En ti veria el guerrero
Perlas y rocio, como
En el tesoro del gnomo
Que descubrió un hechicero.

Tendrias un camarin,
Por las hadas adornado,
En un palacio encantado
De las márgenes del Rhin.

Y en las noches de las citas,
Bajo el rayo de la luna,
Envidiaran tu fortuna
Loreleys y Margaritas.

III

Mientras pensativo y triste,
Junto á la Cruz de un sendero,
Estrechara un caballero
La banda azul que le diste,

En tu ventana ojival
Dulcemente reclinada,
Oirías la balada
Del ardido Parsifal.

Y de un juglar, que ha traído
Su harpa cubierta de flores,
La historia de los amores
De Crimilda y de Sigfrido.

En tu blanco camarín,
Por las hadas adornado,
Resonaría el sagrado
Cántico de Lohengrín...

Ya mi pálida quimera
Se ha enredado, como una ave,
En la onda, crespa y suave,
De tu blonda cabellera.

IV

El Hospitalario

A Rubén Darío.

A la luz, difusa y fría, de la aurora
Que ilumina la colina,
Con su dulce voz sonora
Reza
La campana
Su plegaria matutina,
La colina, bajo el son de la campana,
Se engalana con un manto de harmonía,
Y en el dorso abrillantado
De las rocas se refleja la luz fría de la aurora.

A los ecos temblorosos
Dá la voz de la campana
Su harmonía soñadora,
Y ondulando,
Suavemente, vá en los ecos la oración de la mañana.

El tropel de los villanos
Se encamina
Hácia el templo, que domina la colina,
Y la pálida mañana
Vá poblándose de voces y de risas argentinas.

A la sombra de una roca,
Destacando su silueta
Sobre el fondo oscuro y triste
De la gruta, donde habita con la Noche y el Espanto,
El leproso
Sonríe,
A la pálida mañana,
Y por su sonrisa lívida
Pasa el Horror.

La campana
Clama, y reza su plegaria matutina

El tropel de los villanos
Hacia el templo se encamina,
Y á lo lejos, en el fondo nebuloso
De la pálida mañana,
Se destaca la silueta del leproso;
A loléjos,
A la entrada de la gruta de la Noche y el Espanto,
A la sombra de la roca,
Con la lívida sonrisa de sus labios devorados por la Muerte.

Por la senda solitaria que á la gruta se avecina,
Van los jóvenes guerreros;

En sus negras armaduras se refleja la luz fría de la aurora,
Y el piafar de sus corceles
Puebla de ecos y rumores la colina soñadora.

El leproso
Sonríe
A la pálida mañana,
Y hunde el sueño de sus ojos en lejanos misteriosos horizontes.

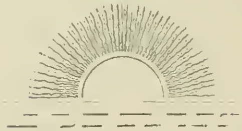
La guerrera cabalgata
Se aproxima.

Sobre el místico clamor de la campana,
Sobre los écos que pueblan la colina soñadora,
Pasa un lúgubre alarido;
Todo el terror de la noche de la fiebre,
Todo el sombrío cortejo de gemidos
De la Angustia;
Hondo, intenso, doloroso,
Como una ansiosa agonía;
Como una desesperada
Agonía.

Los villanos
Enmudecen y se signan, á lo léjos.

A la entrada de la gruta
Los guerreros aterrados se detienen.
A la entrada sombría de la gruta,
El leproso
Gime extrañamente.

Dominando su horror, tranquilo y fiero,
Refrena un caballero
Su corcel erizado,
Junto al mísero cuerpo doloroso,
Baja sobre él la sudorosa frente,
Y alzandolo en sus brazos sonriente,
Besa la faz monstruosa del leproso.



País de sombra

....Y estaban viento y mar. cielo y tinieblas,
De despedidas y de angustias llenos....

El poeta celebra el goce de la vida

Á Jacinto Rafael Pachano

Jacinto, de las rosas del viejo Anacreonte
Sacó la abeja antigua dulcísimos panales;
Cuando cerró sus templos el rojo dios bifronte,
Oyéronse en el Latium himnos de amor triunfales.

Vano es que el blanco cisne la obscura muerte afronte
Si no canta su canto de notas inmortales.
La misteriosa sombra no cubre el horizonte
Sin que la luz fecunda prodigue sus raudales.

Yo que el jardín de Horacio pisé gozoso un día,
Y tuve de las Risas la amable compañía,
Sé que no hay, bajo el cielo, más venturosa suerte;

Ábrase asi, á tus ojos, el pavoroso Arcano,
Mientras mis pasos llevo por entre el bosque humano,
Soñador y nostálgico y triste hasta la muerte...

Lustral

Llamé una vez á la visión
Y vino.

Y era pálida y triste, y sus pupilas
Ardían, como hogueras de martirios.
Y era su boca como una ave negra
De negras alas.
En sus largos rizos
Habia espinas. En su frente arrugas.
Tiritaba.
Y me dijo:
—Me amas aún?

Sobre sus negros labios
Posé los labios míos;
En sus ojos de fuego hundí mis ojos,
Y acaricié la zarza de sus rizos.

Y uní mi pecho al suyo, y en su frente
Apoyé mi cabeza.
                    Y sentí el frío
Que me llegaba al corazón. Y el fuego
En los ojos.
                    Entónces
Se emblanqueció mi vida como un lirio.

Crepúsculo.

Por estrecha hondonada pasa el sendero,
Entre rotos peñascos y árdua maleza,
Y tiembla, en las rojizas cimas abruptas,
La luz desfalleciente de las estrellas.

Con su lúgubre risa rueda el arroyo,
Arrastrando sus aguas, hondas y negras,
Y erguidas en los flancos de las montañas,
Hacen signos burlones las ramas secas.

Las noches

Noche pura,
Perfumada como el alba.

En el cielo, claro y frio, arde la luna
Y tiembla en el oceano su luz blanca.

Rien, al pasar, las olas,
Con su risa gigantesca y ahogada,
Y se coronan de estrellas blanquecinas
Las cimas, anchas y negras, de las montañas.

Noche pura
Noche plácida,
Perfumada como el alba.

Flotan extraños rumores
En el seno de la noche callada;
Ecos de vagos gemidos
De angustias lejanas;

Ecos de sollozos;
De tristezas pálidas;
Ecos de risas,
Dolorosas como la desesperanza.

Flotan bajo la luna
Velos de lágrimas.

—Para el Dolor supremo
La obscura tumba helada.
Alli el eterno, el suspirado Olvido,
Dormido bajo el ala
De la inviolada Muerte. —Los vencidos
En las pobres luchas humanas;
Los que llevan en su pecho
El cadáver de la Esperanza;
Los que guían por los mares del Hastío
Su indiferente barca.

Hondos gemidos
Flotan en la noche callada,

—El crimen
Que puebla la conciencia de fantasmas.—
La noche de las tumbas de los vivos;
La noche de las prisiones heladas;
Cuando las uñas se rompen en los muros
Que tiñen de escarlata;
Cuando crujen los dientes
En las vigas que horadan,
Y arrancando los hierros
Los músculos estallan.

Gritos ahogados.
Flotan en la noche callada.

—Densas tinieblas
Que caen sobre el alma.
El triunfo del Misterio, hijo del Caos
Y de la Nada.—
La risa convulsiva
Desgarra las entrañas,
Mientras sigue á una sombra que se aleja,
La pupila extraviada.
Extraños terrores,
Visiones extrañas,
Que hielan la sangre en las venas
Y el cuerpo despedazan...
Si despierta la ira terrible,
La ira satánica,
Pone fuego en los ojos y en los labios
Espuma blanca.

Risas y alaridos
Flotan en la noche callada.

La noche
De los ojos sin mirada.

La noche del dolor, que atenacea
La carne, y la desgarra.

La noche del olvido,
Sin esperanza.

La noche de la duda
Sin la estrella de la plegaria.

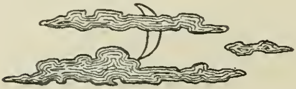
La noche del crimen,
Y del remordimiento.

La aciaga
Noche de los placeres, que conoce
Auroras amargas.

La noche
De la venganza.

La noche de la ira
Impotente, bajo la herida que sangra.

Sollozos y rugidos
Flotan en la noche callada,
Mientras juega, bajo la luz de la luna,
Una alegria en cada rayo de plata.



Brumas.

Ah! Los ojos irónicos brillan
Sobre mi, como agudos puñales!
Ah! Los pálidos labios que ríen,
Cómo ríen que hielan mi sangre!

¡Cómo ríen los labios helados
Y los ojos sarcásticos brillan,
Cuando cruzo la senda brumosa
Donde espíritu y cuerpo vacilan!

¡Ah, el horror de la noche suprema
Si la última estrella se apaga!
Crujirán del espanto mis huesos
Y la voz se helará en mi garganta.....

Abriré mi Pasión dolorosa
A la lluvia monótona y fría.
Bajo el peso del manto de nieve
Se doblegan las ramas erguidas.....

Las voces tristes.

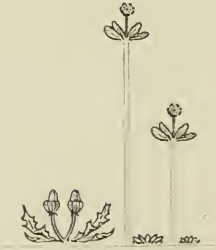
Por las blancas estepas
Se desliza el trineo;
Los lejanos aullidos de los lobos
Se unen al jadëante resoplar de los perros.

Nieva.
Parece que el espacio se envolviera en un velo,
Tachonado de lirios
Por las alas del cierzo.

El infinito blanco...
Sobre el vasto desierto
Flota una vaga sensación de angustia,
De supremo abandono, de profundo y sombrío desaliento.

Un pino solitario
Dibújase á lo lejos,
En un fondo de brumas y de nieve,
Como un largo esqueleto.

Entre los dos sudarios
De la tierra y el cielo,
Avanza en el Naciente
El helado crepúsculo de invierno...



Otoñal.

Dije á la alondra:—Espera… Cantaba el ruiseñor.

Noche de Otoño, triste, triste infinitamente....
Vagaba en las tinieblas misterioso dolor.

El viento en las tinieblas era un largo lamento,
Y en el balcón soñado de mi ideal Verona,
Se mecia mi escala de seda con el viento.

Y cantó á la Esperanza la canción harmoniosa
Del ruiseñor, en medio de la noche sombría,
Y dije:—Cese, oh! cese tu canción harmoniosa....

Acaricie mi oído la dulce voz soñada,
Que en otras breves horas acarició mi oído,
¡Oh ruiseñor! Oh alondra! Oh dulce voz soñada!

Y fué el silencio en medio de la noche sombria,
Y no llegó á mi oido la amorosa harmonia,
Y oí la voz del viento que mi escala mecia.

Dije á la alondra entónces:—Canta, alondra, á la aurora;
Ya la noche divina cedió el paso á la aurora,
La noche era más bella que el sol y que la aurora!

Y ví de un día pálido los albores glaciales,
Que ahuyentaban las sombras del ensueño y la noche,
Detrás de las inmóviles montañas otoñales.

Sombra.

¡Oh, cuán fría está tu mano! Ríes? Por qué ríes? Chocan
Tus dientes... Hay algo extraño en tus ojos... Tus miradas
Hieren como dagas... hieren como dagas... Me hace daño
Tu risa... Me aterra el frío de tu mano descarnada.

Déjame huir! Ya la noche dolorosa nos rodea
Con el pavor de sus sombras.... Hay un abismo á mis plantas.
Hay un clamor en el fondo del abismo. Las tinieblas
Se aglomeran en los flancos hendidos de las montañas.

¡Oh, esta mano no es la tuya! ¿Por qué el frío de esta mano
Penetra ya hasta mis huesos? Por que brilla una guadaña
Sobre mi frente...? No escuchas ese vago son que llega,
Suave y ténue, como el eco de una música lejana?

¡Oh, cuán triste es ese ritmo que suspira en mis oidos
Y conduce hasta mis ojos la amargura de mis lágrimas!
¡Oh, cuán triste es ese ritmo! Déjame llorar. ¡Oh, déjame
Arrodillarme! Mis labios sabrán quizá una plegaria.

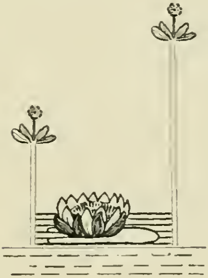
Tengo frío. Tengo miedo. Esas sombras que se mueven
Son espectros que en el borde del abismo se entrelazan...
No me arrastres... Tengo miedo... Tengo miedo del abismo.
Déjame huir... Ya la carne de mis huesos se separa...

¡Oh, ese espectro que á mi viene con los brazos extendidos,
Y que absorbe con sus ojos mis pupilas abrasadas!
Ya mis manos están yertas; ya están secas mis pupilas,
Y el gemido del abismo, frio y lúgubre me llama.

Vamos ya. ¿Ves como empuja desprendidos eslabones
Hacia el fondo de la sima la cadena de fantasmas?
Vamos ya. Llévame. Siento que el latido de mis venas
Se acompasa con el ritmo de la música lejana;

Con el ritmo, dulce y triste, que se mece en las tinieblas
Y armoniza con mis pasos la caricia de sus alas,
Como esquife
columpiado
por el blando
movimiento
De las ondas
fugitivas
que se extinguen
en la playa.

Suavemente,... lentamente,
va ondulando en la penumbra,
En su danza tenebrosa la cadena de fantasmas,...
Vamos ya por las entrañas de la noche y del espanto...
¡Oh, el amor! Oh, la alegría! Oh, la dicha! Oh, la esperanza!



En la agonía.

Nocturnas, largas horas, pobladas de visiones,
Que giran tambaleantes en torno de su lecho.
Se agolpan á sus labios febriles oraciones
Y desgarran las uñas su enflaquecido pecho.

Extrañas formas tienen las pálidas visiones
Que pasan y se inclinan sobre el revuelto lecho,
Miéntras murmura el mísero confusas oraciones
Y enrojece la sangre sus uñas y su pecho.

Se acercan y sus luengas flotantes vestiduras,
Como la niebla ténues, como la sombra oscuras.
Ocultan á sus ojos la moribunda luz.

Un grito ronco apagan las luengas vestiduras,
De las visiones pálidas, como la sombra oscuras,
Y se desploma un Cristo clavado en una Cruz.

Siempre

Tú no sabes cuanto sufro! Tú, que has puesto más tinieblas
En mi noche, y amargura más profunda en mi dolor!
Tú has dejado, como el hierro que se deja en una herida,
En mi oido la caricia dolorosa de tu voz.

Palpitante como un beso; voluptuosa como un beso;
Voz que halaga y que se queja; voz de ensueño y de dolor...
Como sigue el ritmo oculto de los astros el Oceano,
Mi ser todo sigue el ritmo misterioso de tu voz.

¡Oh, me llamas y me hieres! Voy á ti como un sonámbulo,
Con los brazos extendidos en la sombra y el dolor....
Tú no sabes cuanto sufro; cómo aumenta mi martirio
Temblorosa y desolada, la caricia de tu voz.

¡Oh, el olvido! El fondo obscuro de la noche del olvido,
Donde guardan los cipreses el sepulcro del Dolor!
Yo he buscado el fondo obscuro de la noche del olvido,
Y la noche se poblaba con los ecos de tu voz...

INDICE

Pág.

Prólogo ... 7

Siempre ... 17

Castalia bárbara

El camino de los cisnes ... 23
El canto del Mal... 25
Los héroes... 27
La muerte del héroe... 29
La Noche ... 31
Los Elfos.. 33
Las Hadas... 35
El Alba ... 37
La Espada ... 41
El Walhalla ... 43
El Himno ... 45
Los Cuervos... 47
Æternum vale... 49

Pais de sueño

Pág.

«Je meurs ou je m'attache»... 55
Voz extraña 57
De la Thule lejana... 61
Vénus errante. 65
Mediodía 67
Al infinito amor... 71
Canción de la Primavera 73
El Canto del Graal 75
Cristo 77
MEDIOEVALES—Pórtico 81
I. El hermano pintor... 83
II. Hoc signum 85
III. Complainte... 87
IV. El Hospitalario 91

Pais de sombra

El poeta celebra el goce de la vida 99
Lustral 101
Crepúsculo... 103
Las noches 105
Brumas... 109
Las voces tristes... 111
Otoñal 113
Sombra 115
En la agonía 119
Siempre 121

100707215075

E.M. 6-6-86

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 02 05 02 017 5